

El día 29 de Agosto se verificó en la plazuela de Mixcalco la ejecución de Ferrer, Cataño, Ayala, Domingo, Pineda, José María Gonzalez y otros, con asistencia del virey y de las damas de la corte. Los sacerdotes encontrados en el complot fueron expatriados, aunque con orden de que no llegaran á su destino.

Este trágico fin tuvo aquella mal urdida conspiración.

## CAPITULO XI.

### EL MATA-MORELOS.

A Morelostambien se le provocaban algunas inquietudes en su campo. Temeroso el gobierno vireinal de que tomara mas creces, como realmente las iba tomando, quiso tambien destruir de un solo golpe aquel peligro, y mandó á dos aventureros que se le habian de presentar como armeros, aprovechando la primera oportunidad que tuvieran para asesinarlo. Por fortuna la intriga no quedó completamente oculta, como nada quedaba entonces, en que todos se confesaban antes de lanzarse á cualquiera empresa, aunque fuera la mas abominable, y por este medio llegó á conocimiento del padre Alva de México, quien por simpatías á la revolucion ó por otras causas que se ignoran, se apresuró á dar aviso al jefe independen-

diente. Los falsos armeros no tardaron en presentarse, Morelos despues de hacerlos confesar su crimen los mandó al presidio de Zacatula, aunque poco despues los llamó á su lado y colmándolos de favores logró convertirlos en sus mas fieles partidarios.

De la misma manera la Junta de Zitácuaro le dió oportuno aviso de otro hombre que habia sido contratado para que lo matara, cuya seña principal era la de ser extremadamente grueso, lo que dió origen á la graciosa respuesta de Morelos, que nos ha transmitido la historia, en la que se leen las siguientes textuales palabras: *"aquí no hay mas barrigon que yo, no obstante que mis enfermedades me han desbastado."*

Pero descubierta la trama, el barrigon tuvo ya cuidado de no presentarse.

Estuvo mas seria todavia la conspiracion que promovieron David Faro, prófugo de la fortaleza de Acapulco, y Tabares, el que traicionó á los realistas en Tres Palos, cuyos dos individuos descontentos porque no se habian llenado todas sus aspiraciones ó deseos de alcanzar un buen premio del gobierno, ó mejor aún, instigados por los que mas interés tenian en que la chispa del Sur se apagara, concertaron dar un golpe de mano, que comenzaria con la supresion de todos los jefes independientes y con la vuelta de toda aquella zona á la dominacion de los españoles.

Se encontraban estos conspiradores en Chilpancingo, á donde habian llegado con pretexto de que andaban cumpliendo una secreta comision del servicio.

—¿Una comision secreta? preguntó Galeana, que era el jefe de aquella guarnicion.

—Sí, señor general, contestó Tabares, no sin manifestar turbacion.

—Es singular, murmuró Galeana, y luego en voz alta:

—Está perfectamente, cumplan vdes. con ella.

Pero como sabia muy bien que Morelos no podia desconfiarle, y que en todo caso lo habria preferido á él para cualquier asunto reservado, á aquellos aventureros, mandó vigilarlos, valiéndose de algunas mujeres que podian inspirarles más confianza.

No tardó en venir una de ellas á decirle que tanto Tabares como Faro andaban entendiéndose con los sargentos y oficiales de los más insignificantes para que los secundasen en hacer una contrarrevolucion, ofreciéndoles toda la proteccion del gobierno en ascensos y premios de todas clases.

Don Hermenegildo, que era de un carácter impetuoso, no pudo contener su indignacion y mandó llamar á Tabares. Este se presentó al poco rato en su alojamiento.

—Señor comandante Tabares, le dijo luego que lo vió aparecer en la puerta de la habitacion que ocupaba: ¿acaso la mision que le ha dado el general en jefe es la de venir aquí á promover traiciones?

—¡Cómo! exclamó Tabares, haciéndose el sorprendido.

—No ignoro nada de lo que vd. y Faro están haciendo.

—Señor Galeana, dijo aquel, levantando la voz, como hombre que está seguro de lo que dice, le he dicho à vd. que el Sr. Morelos me ha mandado aquí y solo á él debo dar cuenta de mi conducta.

Galeana estuvo reflexionando unos instantes y dijo despues con voz reposada:

—Retírese vd., Sr. Tabares, y luego veremos lo que se hace en el particular.

Temia Don Hermenegildo estar atropellando realmente alguna disposicion de Morelos ó ser una calumnia contra Tabares lo que se le habia referido, y prefirió escribir dando parte al superior de aquel incidente.

Tan luego como Morelos recibió la noticia, salió de Chilapa con dos compañías de sus tropas de mas confianza, y se dirigió rápidamente á Chilpancingo.

Como antes de llegar habia adelantado á un oficial para que previniera á Galeana, éste salió á recibirlo al camino.

—¿Qué hay por acá? le preguntó luego que se hubieron cambiado los primeros saludos.

—Habia una conspiracion, le contestó Don Hermenegildo; pero los conspiradores se han escapado.

—¿Cómo!

—Vinieron diciendo que traian una mision secreta Faro y Tabares.

—Yo nunca doy misiones secretas á nadie entre

los míos sino entre el enemigo, dijo Morelos verdaderamente lleno de enojo.

—Así lo he creído yo siempre, general, contestó Galeana; pero como estos hombres venian viajando por su cuenta y con pasaportes, contando que traian una comision del servicio militar, les fué fácil engañarnos hasta cierto punto, haciéndonos vacilar al menos, por cuya razon no procedí contra ellos, y me limité á hacer que se les vigilara de cerca.

—¿Y ahora?

—Ahora se les sigue los pasos por hombres conocedores del país.

Ambos jefes procedieron á tomar informes sobre los trabajos de los dos traidores y encontraron con sentimiento que se hallaban muy ramificados entre las pocas fuerzas independientes, por los medios astutos de que se habian valido, dando poco dinero pero grandísimas promesas.

Faro y Tabares que habian visto descubierta su trama en el campamento de Galeana, se salieron furtivamente de Chilpancingo y se fueron á Técpam, en donde aprisionaron al intendente D. Ignacio Ayala, mientras que su cómplice Mayo sorprendia á Avila en el Veladero, quitándole el mando de las fuerzas. Esta especie de rebelion invocaba pretextos mas ó menos fútiles, sin que todavía se dijera una palabra de la causa realista que debia abrazarse, porque era ésta muy impopular en la costa, de modo que Morelos pudo presentarse acompañado de una

sola escelta en el Veladero, punto de reunion de los conspiradores y disimular que comprendia los verdaderos fines de la conspiracion, fingiendo que se abocaba el conocimiento de una desavenencia sin importancia.

Oyó las culpas y las disculpas, y cuando estuvo bien seguro de ser obedecido por sus soldados, repuso en el mando del Veladero á Avila, mandó que Ayala volviera á recibir su intendencia y se llevó consigo á Faro y á Tabarés, haciéndoles entender que les iba á dar el mando de una importante expedicion sobre Oaxaca.

Cuando ya estuvieron la tranquilidad y la disciplina establecidas en el Veladero, el traidor Mayo fué juzgado y sentenciado á muerte, ejecutándose el terrible fallo á presencia de la tropa formada. Faro y Tabares fueron tambien ejecutados en Chilapa por D. Leonardo Bravo, desapareciendo así todos los disturbios que aquellos tres hombres habian promovido por sugerencias realistas, habiendo estado muy á punto de causar un trastorno de mucha consideracion, acabando de una vez con los principales caudillos de la independencia.

—Ahora, dijo el infatigable Morelos, volviendo de una de sus últimas correrías por los pueblos de la costa, mis queridos señores Bravos, vamos ya á entrar en una activa y vigorosa campaña.

Los tres hermanos solamente se quedaron viendo unos á otros, una vez que Morelos no se habia quitado el polvo del camino.

—Sí, amigos míos, repitió el caudillo á la vez que saboreaba la taza de chocolate que se le habia servido en el comedor de la casa, mañana mismo salimos de Chilapa, y al efecto ya anticipé con una fuerza á Valerio Trujano para que se apodere de Silacayoapam.

En aquellos momentos llegó el parte de ese jefe avisando que la guarnicion realista de aquel pueblo habia sucumbido.

—Bueno! quiere decir que sigue dándonos el sol de cara, exclamó Morelos alegremente.

Y en seguida se puso á dictar órdenes y á despachar correos para que la campaña que iba á abrir contra los realistas correspondiera á los resultados que se habia propuesto.

Dejando pues guarnecidos el Veladero y los fuertes que consideró mas importantes de su retaguardia, dividió el resto de su pequeño ejército en tres secciones, dando el mando de la primera con quinientos hombres á Galeana, la segunda de seiscientos á D. Miguel Bravo, y él se puso al frente de la tercera compuesta de ochocientos indios flecheros y su escolta de ciento cincuenta hombres bien montados y armados. Con estos elementos salieron de Chilapa nuestros valientes generales, dividiéndose á poco en el camino, pues Bravo y Galeana debian ir á esperar órdenes en el Plan de Amilpas, mientras que Morelos marchaba con toda rapidéz á Chiautla, donde un

español Musitu, que era el jefe de la plaza, había jurado detener allí el paso de la revolución.

Era valiente el tal Musitu, y fuera de eso, contaba con cuatro cañones, doscientos hombres de tropa, algunos voluntarios y muchos víveres y pertrechos de guerra. Tenía tal confianza en su valor y en su gente que á uno de sus cañones lo había bautizado con el nombre de *Mata Morelos*.

Cuando lo supo el cura no hizo otra cosa que ponerse á reír con ganas y exclamar:

—¡Lástima que yo no traiga siquiera uno para ponerle *Mata-Musitu!*

Musitu luego que supo que se dirigía Morelos á atacarlo en sus posiciones, cosa que no creía, porque lo juzgaba de mucho atrevimiento, mandó que vinieran también á Chiautla los peones de sus haciendas y así pudo formar una guarnición de más de 600 hombres.

No se intimidó Morelos por esto, sino antes bien forzó la marcha y llegó á las orillas de la población en los momentos en que los realistas acababan de poner la última mano al atrincheramiento de la gran casa conventual de San Agustín. Mandó que sus dragones echaran pié á tierra, y con ellos y con sus indios flecheros comenzó á tomar posiciones con la cautela con que lo habría hecho el jefe más ducho en dirigir asaltos.

En la madrugada, considerando Musitu que la gente de Morelos debía estar rendida por el cansan-

cio, y tal vez durmiendo después de haber trabajado toda la noche, salió con toda precaución del convento y pretendió sorprender á los sitiadores por la retaguardia; pero Morelos nunca dormía, cuando estaba en campaña, ya había sentido el movimiento y recibió al enemigo con una descarga de los de su escolta que eran los únicos que llevaban armas de fuego, y tras la descarga se lanzaron sable en mano haciendo destrozos en los realistas que en desorden se volvieron á sus posiciones. Si en este momento ha tenido Morelos cien infantes armados de fusiles que hubieran podido cargar en columna, desde luego queda decidida á su favor la suerte del combate; pero los indios podían ayudarle poco en esta clase de maniobras, y tuvo que continuar sus operaciones con la calma que se necesitaba para mejor asegurar el éxito.

No obstante, la escolta de Morelos quedó ya en posesión de una parte del convento y los indios pudieron aproximarse en tropel atacando la fortaleza por todos sus puntos vulnerables, para lo cual se aprovechaban de las alturas inmediatas, de los árboles y de todo lo que podía ofrecerles un punto ventajoso para disparar sus armas sin recibir daño del enemigo.

Pasado el primer momento de confusión, Morelos organizó de nuevo sus tropas y comunicó una forma más ordenada al ataque, lanzando columnas de á cien hombres protegidos por las armas de fuego de la escolta que no dejaba ni sacar la cabeza á los are-

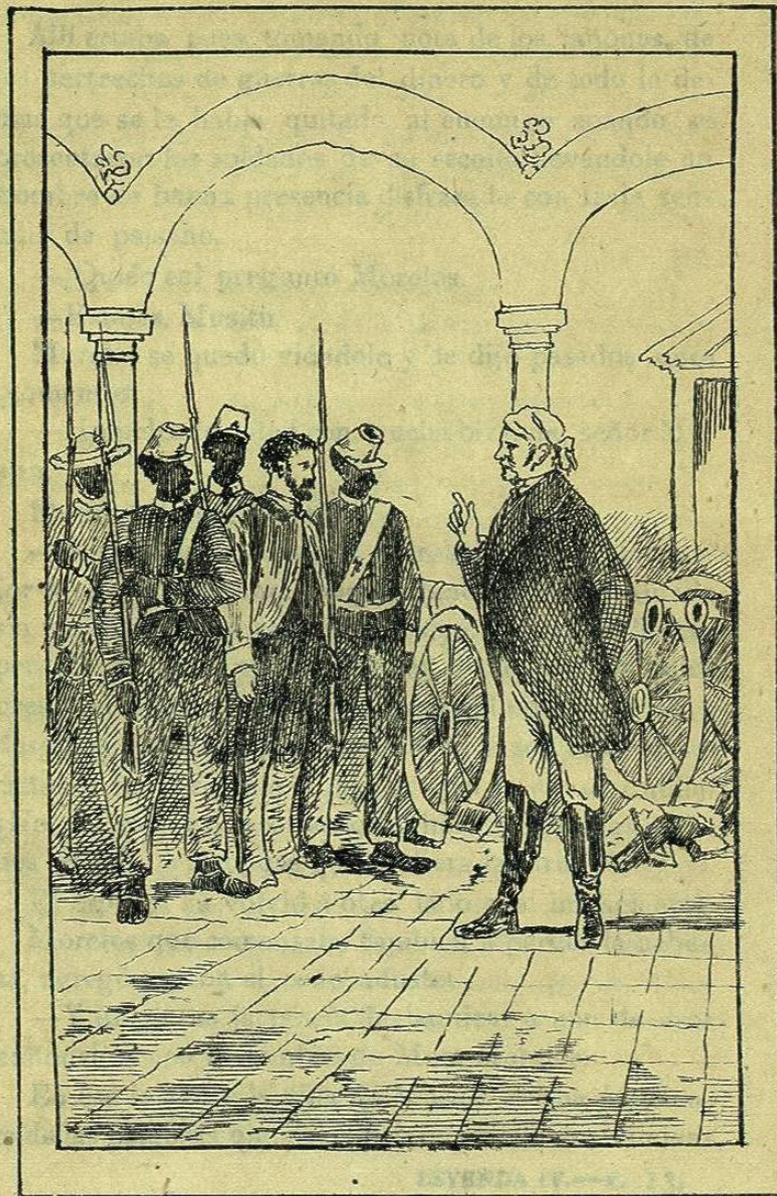
listas. De esta manera penetraron los asaltantes al patio y los corredores en donde se trabó una lucha desesperada por parte de los realistas que tuvieron que sucumbir al mayor número.

En la escalera que conducía al piso superior se entajó un combate mas sangriento aún, en que los insurgentes para subir tenían que hacerlo sobre los cadáveres de sus compañeros con que estaba aquella materialmente tapizada.

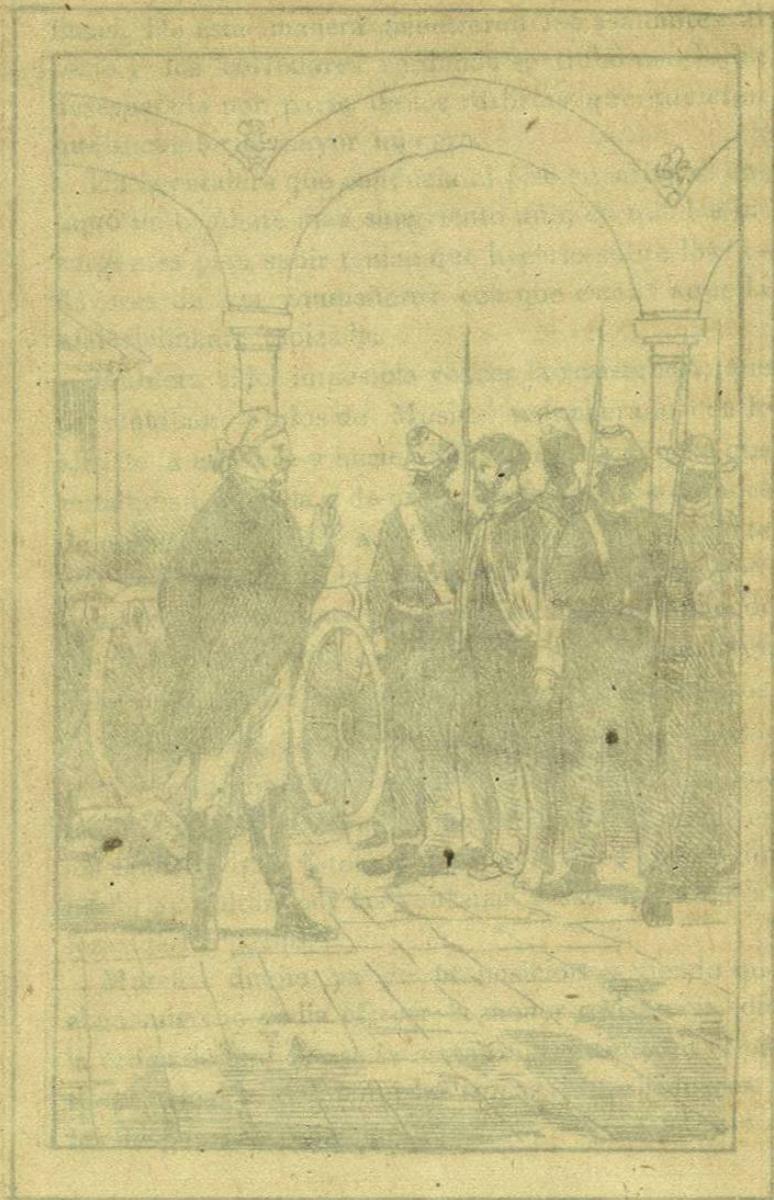
Hubiera sido imposible vencer la resistencia que presentaban allí los de Musitu atrincherados en lo alto de la escalera y haciendo uso de los cañones que vomitaban metralla y de armas de fuego bien dotadas de municiones, si no acude Morelos personalmente con su escolta y con la rapidez del relámpago se apodera de las trincheras y voltea los cañones haciendo fuego sobre los fugitivos que iban á escape á lo largo del corredor, para refugiarse en los oscuros claustros.

Vencido aquel obstáculo que era el principal, los indios se desbordaron por el convento poniéndolo todo á fuego y sangre, é introduciendo tal pavor en los vencidos que éstos mejor que caer en sus manos preferían saltar por las ventanas y estrellarse en las lozas de los patios.

Morelos dueño ya de la posición y viendo que el enemigo no podía ofrecer la menor resistencia, dió la orden de que cesase la matanza y de que en el patio principal se reunieran las tropas, los prisioneros y los despojos del enemigo.



—¿Quién es este?  
—Este es Musitu.



Allí estaba pues, tomando nota de los cañones, de los pertrechos de guerra, del dinero y de todo lo demás que se le había quitado al enemigo, cuando se presentaron los soldados de su escolta llevándole un hombre de buena presencia disfrazado con traje sencillo de paisano.

—¿Quién es? preguntó Morelos.

—Estes Musitu.

Morelos se quedó viéndole y le dijo pasados unos momentos:

—Ha peleado usted con mucha bizarría, señor Musitu.

El español no contestó,

—Sin embargo, continuó Morelos, hubiera sido mejor no derramar tanta sangre como se ha derramado sin resultados que valgan la pena. Cada uno hemos perdido en esta contienda mas de doscientos hombres y el premio para el vencedor solo han sido estos despojos, entre los que lo mas servible son esos cuatro cañones tan pequeños que pueden ir en una mula. ¿No era mejor que su señoría hubiera oído las razones cuando le propuse que rindiera las armas?

El español se volvió á otro lado con impaciencia.

Morelos que comenzaba tambien á perder la cabeza, agregó ya con el ceño adusto:

—Y luego esa jactancia de bautizar á uno de esos cañoncitos con el nombre de Mata-Morelos.

En ese instante la vida de Musitu estaba pendiente de las palabras que pronunciara y de los movimien-

tos que hiciera. Morelos no había llegado á condenar á muerte á ningún prisionero español; para eso tenía establecido un presidio en la costa á donde los mandaba á todos esperando que mas tarde podría cangearlos si conseguía imprimir á la guerra un carácter menos salvaje que el que había tenido hasta entonces.

Pero Musitu se encaró al hombre que lo que mas estaba deseando era salvarle la vida, y le dijo con insolencia:

—Acabemos, señor cura Morelos, sé la suerte que me espera, y me parece ocioso que se este perdiendo el tiempo en vanas palabras. Si yo hubiera sido el vencedor no hubiera durado usted ni ninguno de los sayos ni un minuto sin fusilarles. Ahora, que venga sobre mí lo que viniere, ya que tampoco pude escapar-me con este disfraz.

Morelos sintió que toda la sangre se le subía al rostro y ya no dijo nada, pero se salió del patio dejando la responsabilidad de lo que pasara á sus subalternos.

Apenas iba trasponiendo el dintel de la puerta que comunicaba con el exterior cuando oyó una descarga.

Musitu acababa de ser fusilado por los soldados mismos sobre el cañon que tenía grabado el nombre de Mata-Morelos.

## CAPITULO XII

DE SETIEMBRE Á DICIEMBRE.

Muchos sucesos se verificaron en estos cuatro meses, mientras Calleja con todas las precauciones que le aconsejaba su gran pericia militar, se preparaba á caer sobre la ya dos veces vencedora plaza de Zitacuaro.

Morelos, que preveía ya en su gran penetracion ese acontecimiento, se dió prisa por su parte á arrollar los inmensos obstáculos que tenia que vencer para poderse presentar en el teatro de la lucha oportunamente, sin que fueran bastantes á contener su actividad, ni las enfermedades ni otros mil tropiezos que fatalmente se estuvieron amontonando en su camino, sin omitir nada de lo que pudiera concurrir á la realizacion de su empresa.

A la vez que nombraba comisionados para tomar cuenta á los recaudadores del tesoro, cuidando de que